

La premonición

- Tu hijo pondrá luz donde haya oscuridad.
- ¿Estás segura?
- Como que hay día y noche.
- ¿Y será famoso?

La gitana se concentró de nuevo, haciendo tintinear sus pulseras cuando situó sus manos enjoradas sobre la bola de cristal que ocupaba ahora la concentración de su mirada. Al poco, miró de nuevo a los ojos de mi mujer y le dijo:

- Sí, lo veo. La gente le respetará en su iluminación.
- No me mientas.
- No te miento.

Mi mujer le sostuvo la mirada y, en un rápido movimiento, le agarró de una de sus muñecas.

- Júramelo, gitana. Júrame que el nombre de mi hijo lo conocerá todo el mundo y le llamarán para que alumbre su conocimiento.
- Te lo juro por mis muertos.

Sólo entonces sonrió, la soltó y se relajó de nuevo en su silla, acariciándose con mimo su barriga embarazada.

- Págale –me ordenó.
- ¿Cuánto es? -pregunté.
- La voluntad –respondió la gitana, sin dejar de mirarla.

Mucho, mucho tiempo después mi mujer enfermó. Recuerdo con pesar las últimas conversaciones que tuvimos mientras yacía en nuestra cama, yéndose de mí poco a poco mientras evocaba toda suerte de recuerdos. Pero al final, las inconsciencias eran cada vez

más frecuentes. Por eso fue que me sorprendí cuando durante un momento su lucidez regresó de golpe al abrir los ojos y decirme:

- La gitana nos mintió.

Giré mi cabeza hacia la ventana y vi cómo la oscuridad comenzaba a envolver la ciudad en difusas sombras. Entonces pensé en mi hijo, un hombretón fornido quien, cargado de una escalera, un chuzo, una linterna, una alcuza y diversos paños, estaría a punto de encender las farolas de su recorrido y que incluía el gran edificio municipal cuyas letras doradas de su fachada resplandecían a la luz del gas: BIBLIOTECA. Y todo aquél que se cruzase en su camino le saludaría con un respetuoso “Buenas noches, farolero”. Sonreí con amargura al recordar la premonición: “Luz donde hay oscuridad... Alumbrar el conocimiento...” No, la gitana no nos mintió.

Miré a mi mujer, abatida por la enfermedad y, sí, también por el desencanto ante la esperanza que puso en el futuro del hijo, advirtiéndole a todo aquél que quisiera escucharla que “Está escrito. Mi hijo será alguien muy importante en la sociedad.” Una inmensa piedad se apoderó de mí.

- Sí, cariño –le susurré al oído mientras acariciaba su pelo ralo- La gitana nos mintió.